

Juárez, habla de batalla campal y no de sitio, en que las fuerzas pueden equilibrarse y aun quedar excedidas por parte de los asediados, que suelen contar con la ventaja de las fortificaciones. Pero ni aun en este caso las tropas débiles se vuelven fuertes, ni las poderosas se tornan insignificantes: nada menos el Sr. Bulnes lo confirma al decir (pág. 157) que «para el éxito de la defensa activa se necesita . . . primero: que el sitiado tenga toda su fuerza ó al menos una buena parte de ella de la misma calidad ó mejor que la del sitiador. . . .» en caso contrario, esto es, «cuando hay desigualdad entre la calidad de las tropas beligerantes, se puede sostener la guerra COMPENSANDO LA CALIDAD CON LA CANTIDAD. . . .» (pág. 154.) *La cifra compensadora es cuestión de experiencia, y para no exponerse á fracasos que ocasionen la desmoralización, se ensaya con cifras exageradas.* (pág. 155.)

Si la plaza de Puebla debía, técnicamente, tener una guarnición de 16,000 hombres, Juárez y González Ortega obraron como prudentes al elevar un poco la cifra,¹ que ya no fué de 23,930, como equivocadamente asienta el Sr. Bulnes, sino de algo más de 20,000 desde que las caballerías rompieron el cerco. Luego, los 4,000 y pico de hombres, (no 8,000) que según nuestro autor, se sacrificaron al Minotauro llamado *capitulación honrosa*, en último término se sacrificaron á los Minotauros llamados *ley de la necesidad, cifra compensadora y diferencia en calidad.*

^{3º} El Sr. Bulnes, midiendo sobre el plano del Atlas de Niox, da á la plaza de Puebla 8,400 metros de línea de fortificación exterior. Puebla tenía en realidad 9,300 metros de línea fortificada; en mi presencia hizo la operación un ilustrado ingeniero amigo mío, sobre el plano del Estado Mayor General. Luego, para más extensión fortificada, era menester cantidad más grande de defensores.

LA UNIDAD DE MANDO.

No se necesita ser un psicólogo de los vuelos de Stendhal, para darse cuenta de la situación de ánimo de González Ortega al es-

¹ Repito que la plaza de Puebla no llegó á tener más de 16,000 defensores, y que mis cálculos están hechos para colocarme en el mismo punto de vista en que el Sr. Bulnes se coloca y aceptando las cifras que dicho escritor presenta como buenas.

cribir su *Parte general de la defensa de la plaza de Zaragoza*: estaba seguro de que el gobierno le había negado sin razón la ayuda que necesitaba; mayor convencimiento tenía aún de que el ejército de Comonfort, que se llamaba de auxilio, le había impedido todo movimiento útil y salvador; y de buena fe creía que los errores, las deficiencias, los malos pasos y todo en fin, cuanto había contribuido á precipitar el desenlace del sitio, era obra de los otros y no suya, que se había conducido como hábil, prudente y esforzado capitán. El Sr. Bulnes, pues, no hizo bien en tomar como única é inapelable autoridad el parte de González Ortega: debió ocurrir á la correspondencia de Comonfort y quizás al expediente que debe de haber acerca del caso en el Ministerio de la Guerra, pues González Ortega era un reo presunto que daba sus descargos y trataba de sincerarse por la rendición de un punto militar que se le había confiado.

La prueba de que este punto de la unidad de mando no está resuelto sin remedio, y de que todavía hay mucho que inquirir para llegar á una conclusión definitiva, la encontramos en lo siguiente, que demuestra la falsedad de la versión que el Sr. Bulnes considera obvia y demostrada.

Lo acordado por los generales fué lo siguiente: «Si el ejército francés atacaba la plaza de México, el general en jefe de los cuerpos de ejército de Oriente y Centro sería el C. Ignacio Comonfort; y si el ataque lo sufría la plaza de Zaragoza, el general en jefe de ambos cuerpos de ejército sería el que suscribe. (Ortega) De este modo. . . . se satisfacía. . . . la primera y más imperiosa necesidad de la guerra, que es la unidad en el mando.»¹

Según el Sr. Ortega, el 8 de febrero del 63 emprendieron él y Comonfort la marcha para la capital de la República á fin de pedir al presidente que resolviera de acuerdo con esa pretensión. Juárez, á cuenta, oyó á los interesados y les ofreció determinar lo que conviniera previa consulta á la junta de ministros.

«Al día siguiente en la noche, 10 de febrero, continúa el jefe de la plaza el Señor Ministro de la Guerra, el demócrata y recomendable general C. Miguel Blanco, tuvo la bondad de pasar á la posada en que nos hallábamos, siendo el mismo señor el portador de una nota oficial procedente del Ministerio de la Guerra en cu-

¹ Parte de González Ortega pág. 6. Edición del Estado Mayor.

² Parte General pág. 7.

ya nota quedaba definitivamente resuelto el punto objeto de la cuestión; pero no el sentido que yo lo había iniciado, sino en otro diametralmente opuesto; porque se prevenía en aquella que los cuerpos de ejército de Oriente y Centro obraran independientes uno del otro, no quedando por esto entre ellos otra liga, que las combinaciones acordadas y aprobadas mutua y previamente por los respectivos generales en jefe de ambos cuerpos de ejército.

Hasta aquí el general Ortega. Véamos lo que cuentan los documentos oficiales.¹

Más explícito que el Parte lo es el Plan de operaciones que los jefes de los ejércitos sometieron á la consideración del gobierno y que en lo relativo decía así:

El ejército del centro... se mantendrá en estado de perfecta movilidad para atender á los puntos del teatro de la guerra de la manera más conveniente.

«4º Se tendrán como objetivo para la defensa las capitales alternativamente de Puebla y Mexico.

«5º Se tendrán como base de operaciones, México en la defensa de Puebla y Puebla y Querétaro en la de México.

«8º El ejército auxiliar conservará en la capital de la República expeditas sus comunicaciones y el camino seguro, para poder ocupar y defender la capital si el enemigo intentare atacarla, llegando primero á ella.

11º En caso de que el enemigo se dirija á la capital de la República, el ejército del centro, como queda dicho, marchará á ella para defenderla, y el de oriente marchará al Valle de Méjico á des-

¹ Tan convencido está el Sr. Bulnes de que Juárez no llegó á comprender las ventajas de la unidad de mando, que en una carta que dirige al Sr. Iglesias Calderón le dice textualmente: («El Tiempo» de 9 de octubre de 1904) «Juárez, hasta entonces, por razones políticas ó por motivos que no viene al caso examinar, no había querido cumplir con un precepto fundamental de la ciencia militar: «Toda campaña debe efectuarse bajo el imperio de la unidad de mando.» «Una campaña con muchos jefes para un ejército, ó con varios ejércitos independientes, es considerada radicalmente viciosa y antimilitar.» Si el Sr. Iglesias Calderón lo duda, me permito indicarle que consulte el primer tomo de la notable obra del General francés Pierron, intitulada «Les méthodes de guerre,» en la que se encuentra, en la página 269, un capítulo intitulado: «Nul corps des troupes ne doit être soustrait á l'autorité du commandant en chef.»

Esta perogrullada, que podía ser de M. Pierron ó de M. de la Palisse, no había sido un secreto para Juárez, por lo menos en las operaciones en Puebla.

empeñar las funciones que en el de Puebla están confiadas al del Centro. Esto se entiende, ya sea que el enemigo haga su movimiento por la línea de San Martín ó por la de los Llanos.»¹

Que este plan no era disparatado ni mucho menos, lo comprueba la circunstancia de que, en los primeros días del año 63, no se sabía ni se podía saber cómo empezaban las operaciones del ejército invasor. Si asediaba á Puebla, había que abandonar de momento la fortificación de Méjico y ocurrir en defensa de la ciudad atacada; si, por el contrario, sitiaba á Méjico, se acudiría á proteger la capital dejando á Puebla en manos del francés. Ninguno de los dos ejércitos debía ser superior al otro mientras las operaciones no comenzaran; pero cuando aquéllas estuvieran bien indicadas, Comonfort sería auxiliar de González Ortega ó éste de aquél. No se trataba, pues, solamente de la introducción de convoyes² (operación que nunca se ha logrado cuando los sitiadores son militares) sino de sujeción en el mando, de maniobras destinadas á impedir las de los sitiadores, de perfecto y cabal conocimiento de los sucesos que se habían desarrollado y de previsión de los que podían venir.

Precisamente por esa circunstancia el gobierno aprobó punto por punto lo que habían propuesto Comonfort y Ortega, pues la comunicación reservada que el Ministro, Gral. Blanco, puso en manos de los jefes, decía en su parte resolutive:

«... Supuesto que el ejército invasor debe tener por principal mira, bien la ocupación de la plaza fuerte de Puebla, ó ya la de esta capital, cada una de estas plazas, á su vez, tendrá que reputarse como base de operaciones en las que se tengan que emprender para rechazarlo. Por consiguiente, todas las disposiciones relativas, cuando fuese amagada la plaza de Puebla, emanarán del general en jefe del ejército de Oriente; y cuando la plaza amagada fuere la de esta capital, tales disposiciones serán dictadas por el jefe del ejército del Centro.

«En todo caso ambos ejércitos se tendrán, respectivamente, como auxiliares, según que el enemigo dirija hacia una ú otra plaza sus operaciones, y como en la actualidad está más inmediatamente amenazada la de Puebla, las fuerzas pertenecientes al ejército del

¹ Exposición que hace al pueblo mejicano el C. Miguel Blanco, de su conducta política en la época de la intervención francesa y el llamado imperio. Méjico 1870, págs. 13 y 14. Los documentos que inserta están certificados por el oficial mayor de la Secretaría de Guerra, E. Benítez, y tienen carácter de indudable autenticidad.

² Bulnes. *El porvenir de las naciones hispano americanas*, pág. 141.

Centro que han salido de esta capital se considerarán desde luego con aquel carácter. El general en jefe del ejército del Centro emprenderá los movimientos que le designe el de Oriente para el mejor acierto de las combinaciones que proyectare en defensa de Puebla, ó para atacar alguna de las posiciones del enemigo cuando así lo tuviere por conveniente. El ejército de Oriente será auxiliar del del Centro, siempre que el movimiento del invasor sea sobre esta capital.»¹

D. Ignacio Comonfort dirigió al gobierno una larga comunicación (20 de febrero de 1863) en que sostenía que «para cumplir la misión confiada al ejército de su mando. se hace indispensable. que su general en jefe obre con toda independencia.»

El ministerio contestó á Comonfort con fecha 24 de febrero: «En lo demás (esto es, la división del mando) si bien reconoce el Presidente que un sentimiento de patriotismo ha impulsado á usted á exponer la conveniencia de que se le deje en todo caso completamente independiente en sus operaciones militares; no puede menos de disentir de su opinión; pues cuando las fuerzas de su digno mando tengan que obrar como auxiliares de la plaza de Puebla, ES INDISPENSABLE QUE SE OBSERVE LA UNIDAD DE MANDO COMO BASE PRECISA PARA EL MEJOR ACIERTO DE LAS OPERACIONES QUE TENGAN QUE PRACTICARSE. Entonces al general en jefe del ejército auxiliado toca designar el tiempo, lugar y demás circunstancias en que crea conveniente que se le preste auxilio; pues de otra manera, obrando aisladamente ó por medio de previos acuerdos, difíciles de tenerse en estos casos, se perderían oportunidades que casi siempre son las que, aprovechadas en la guerra, deciden del éxito de los combates. *Conviene, pues, que en estas operaciones todo esté sujeto á la misma acción del jefe que hubiere combinado la defensa; y por eso se ha prevenido á usted que cuando tenga que obrar en auxilio de la mencionada plaza de Puebla, obsequie las órdenes que le librare el general en jefe del ejército de oriente.*»³

Como se ve, ni D. Benito ni su ministro Blanco hicieron nada que justificara los epigramas del Sr. Bulnes: no «discurrieron lo indiscutible,» no inventaron «el mando bicéfalo catastrófico has ta para la hechura de un par de pantuflas,» y no «reprobaron la pre-

1. Manifiesto de Blanco, págs. 14 y 15.

2. Manifiesto de Blanco, págs. 15 á 18.

3. Manifiesto de Blanco, págs. 18 y 19.

tensión de la unidad de mando.» Accedieron á lo que se les pedía (que por cierto era muy racional) usaron del poder la mejor manera que les fué dable y cooperaron eficazmente á la defensa.

¿Por qué no se siguió ese plan salvador? Averígüelo Vargas ó averígüelo el Sr. Bulnes. Yo me atrevo á creer que la falta fué de Comonfort, que se sentía ofendido porque tomara la dirección de los asuntos militares «un soldado de circunstancias, á quien le habían ceñido la espada los últimos sucesos de su patria.» Mas ni aseguro tal cosa, ni aún asegurándola, Juárez perdía ni ganaba nada en la opinión: rencillas entre generales las ha habido siempre, y entre generales mejicanos, á calderadas.

¿Por qué aseguró González Ortega semejante falsedad? Piadosamente juzgando, y por más que resulte inverosímil el olvido de una disposición que tenía que ser el eje de las operaciones, piadosamente juzgando, digo, no encuentro más disculpa que la que da el vencedor de Calpulálpam en la página primera de su escrito: su prisión y la captura de sus papeles por la gavilla que asesinó al Gral. La Llave.

JUAREZ DEBIO ENCARGAR DEL MANDO AL GENERAL GONZALEZ ORTEGA.

He procurado demostrar en el curso de este trabajo que no se cometieron en Puebla los desaciertos que el Sr. Bulnes declara; pero si esos errores se hubieran cometido y además otros, de manera que el sitio fuera una reunión de equivocaciones más grande que tiene átomos el sol, la responsabilidad no sería de Juárez, sino pura y simplemente de sus ministros y generales.

La dificultad mayor en coyunturas como la que Méjico se hallaba, consiste en la elección de jefes que vayan á disputar al enemigo los lauros de una victoria problemática, pero exigida por la necesidad y por la opinión. Cuando no hay, dice un notabilísimo escritor francés, un guerrero á quien el brillo y magnitud de sus servicios coloquen en el primer lugar, la dificultad mayor de una guerra consiste en escoger entre generales celosos y mal dispuestos á seguir á uno á quien juzgan su igual.

Pero aquí no había semejante dificultad. Ni los servicios de Comonfort, que apenas había mandado en jefe en acciones de segun-

1 Étienne Lamy. *Études sur le seconde empire*, pág. 203.